



## CHILINDRÓN Y EL GLOBO DE LA NAVIDAD

El abuelo de Chilindrón vino a pasar las navidades en casa. El abuelo Antonio tenía el pelo blanco, y eso era lo único en que se parecía a los otros abuelos. Tenía el pelo blanco, pero a cambio lo llevaba largo, con un tupé de plata que le alborotaba la cabeza. Y su flequillo... Bueno, su flequillo era un trueno en la frente. Por eso, a veces, su risa tronaba al hablar y se reía por todo a boca llena, como si aún estuviera en la edad del pavo. Gastaba gafas redondas a lo John Lennon, camisas floreadas y chalecos sin mangas. Don Antonio era un rebelde sin causa, o – mejor dicho- su causa eran las causas perdidas. Era, además, eterno partidario de los ciento volando. Sus ojos y su alma eran hojas volanderas y libres, de un calendario al que le quedaban quizá muy pocos meses. Tenía dedos y manos de músico porque su abuelo tocaba el piano, el teclado, además del bajo y un violín. Era de los últimos roqueros, de esos que no mueren, ni se desgastan y ni siquiera se quedan trasnochados. Y si embargo, y por más que lo disimulase, su abuelo era ya un hombre mayor. Mayorcísimo. Todo lo mayor y antiguo que Chilindrón era capaz de imaginar. Por supuesto que era mayor que el conde Drácula, bastante más mayor. Seguramente, imaginaba Chilindrón, cuando Adán y Eva iban en pelota picá por los prados del Paraíso, allí estaría el abuelo Antonio vestido de hippy con flores, regañándole a la serpiente por subirse a los árboles sin permiso. La vieja serpiente con su veneno y su mal humor.

Una noche, y sin permiso de nadie, se llevó a Chilindrón a un pub. El salón estaba a oscuras y su abuelo lo dejó sentado encima de la barra con los pies colgando en el aire.

-Al nene le pones una Fanta de naranja, le dijo al camarero. No te vayas de la mano que te conozco.

El nene se quedó solo con su naranjada y las luces se fueron encendiendo hasta alumbrarlo todo. Entonces, al fondo, su abuelo se sentó junto a un teclado y dos guitarristas.

-Uno, Dos...Probando, probando. Un, dos tres.

Y empezó la música y unas chicas monas bailaban y bailaban. Chilindrón movía los pies en el aire, levantaba las manos y hasta se le cayó el vaso al suelo pero ya qué importaba. Las chicas llevaban collares de flores de papel y él era feliz. Y su abuelo, desde el fondo, lo miraba, sin quitarle el ojo de encima, como guiñándole “todo esto es para ti.”

-Y esta canción es para el enano de la barra, dijo el bajo.

Y la gente se volvió a Chilindrón, y él aplaudía.

Cuando las luces se apagaron, los músicos dejaron de tocar. Se despedían. Sí, se despedían. A Chilindrón lo bajaron de la barra y se encontró en la calle al lado de su abuelo que charlaba con los otros músicos. Ya era tarde, pero se cruzaron en la plaza con una mujer que iba de recogida y llevaba un manojo de globos.

Don Antonio se paró de pronto.

-A ver, uno para el chiquillo.

Todos los globos eran a cual más bonito y los colores brillaban y se acharolaban debajo de la farola. Chilindrón escogió uno dorado y blanco, con forma de guitarra eléctrica.

-Sí señor. Este es mi nieto. De lo mejorcito al este del río Pecos.

La mujer le dio el globo, y le ató el hilo a la muñeca para que no se le escapase. Era de noche. Iba junto su abuelo. Y se sentía un tipo peligroso y feliz. Arriba, una luna grande parecía que iba a echarse a reír. Chilindrón comprendió entonces que lo importante de un globo no es su tamaño, ni su forma, ni su color. Lo importante de un globo es que va de la mano de un niño. Y aquel globo y su abuelo eran la navidad.

Al día siguiente, en la cena de Nochebuena, Chilindrón se negó a desatarse el globo de la muñeca. Y el globo subía y bajaba por el aire, según el cubierto iba del plato a la boca.

-Diantre de niño, que te quites el globo para cenar, decía la madre.

Chilindrón miraba su plato y el globo seguía subiendo y bajando.

-Deja en paz al chiquillo, dijo el abuelo. A lo mejor los ángeles de navidad en vez de alas tienen dos globos y por eso vuelan y hasta cantan. Son músicos.

Chilindrón se quedó dormido con el turrón en la mano. Y hubo que meterlo vestido en la cama. Ni dormido soltaba el globo que volaba sobre su cabeza, brillante y dorado como un lucero, con forma de guitarra.

Ángeles altos

Que tocáis palmas,

No despertéis al niño

Con la guitarra.

Entre sueños lo oía Chilindrón. Su madre y su abuelo lo estaban cantando juntos.

(Imagen: <https://lamenteesmaravillosa.com/veces-vivir-tenemos-ignorar-muchas-personas/>)